

“SEÑOR, TÚ REVELAS TUS SECRETOS A LOS HUMILDES” (Eclt. 3, 20)

Homilía de monseñor Marcelo Raúl Martorell, obispo de Puerto Iguazú para el 22º domingo durante el año (2 de setiembre de 2007)

Las lecturas de este domingo nos proponen una meditación sobre la humildad, tanto más oportuna, cuanto menos se comprende y practica esta virtud. En el Antiguo Testamento, en la 1ª lectura de este día (Eclt. 3.17-18.20.28-29), habla de su necesidad sea en la relación con Dios, sea en las relaciones con el prójimo. “Hazte pequeño en las grandezas humanas, y así alcanzarás el favor de Dios” (Ib18). La humildad no consiste en negar las propias cualidades sino en reconocer que son puro don de Dios; se sigue de ahí que cuando uno tiene más “grandezas humanas”, o sea es más rico en dotes, tanto más debe humillarse reconociendo que todo le ha sido dado por Dios. Hay desde luego “grandezas” puramente humanas que son accidentales propias de la situación que ocupa la persona en la sociedad, grado social, cargo que ocupa,; aunque estas al valor intrínseco de la persona, el hombre tiende a hacer de ellas un timbre de honor, un escabel sobre el que levantarse sobre los otros. La Escritura dice “Hijo mío, en tus asuntos procede con humildad y te querrán” (Ib17) Así como la humildad atrae el amor, la soberbia lo espanta; los orgullosos son aborrecibles a todos. Si el hombre deja arraigar en sí la soberbia ésta se hace como una doble naturaleza, de modo que no se da ya cuenta de su malicia y se hace incapaz de enmendarse.

Es por esto que Jesús rechaza todo tipo de soberbia y formas de orgullo, sacando a la luz su profunda vanidad, Y nos pone como ejemplo, la invitación del fariseo a comer, veía que los invitados se precipitaban a ocupar los primeros puestos (Lc.14,1,7-14) y Jesús rechaza esta escena desagradable pero verdadera, ¿Acaso un puesto en la mesa puede hacer a un hombre mayor o menor de lo que es? Es precisamente su mezquindad lo que le lleva a enmascarar su pequeñez con la dignidad del puesto que ocupa. Por otra parte, tengamos presente, que esto lo expone a más fáciles humillaciones, pues no faltará quien se lo haga notar. Y esto lo enseña Jesús cuando dice “cuando te inviten ve a sentarte en el último puesto...porque todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido” (Ib 10-11).

Esto puede parecer algo muy elemental; sin embargo la vida de muchos, aún cristianos, se reduce a una carrera hacia los primeros puestos. Y no le faltan motivos para justificarlo, a título de bien, de apostolado y hasta la gloria de Dios; pero si se examinaran a fondo descubrirían que se trata solo de vanidad.

Jesús en el evangelio invierte por completo la mentalidad corriente, el mundo reserva sus invitaciones a las personas que lo honran por su dignidad o de las que puede esperar algún provecho, conducta que se inspira en la vanidad y el egoísmo.

El discípulo de Cristo debe obrar al revés, no hacer distinción de personas, invitar a los más pobres, lisiados, cojos, y ciegos, o sea gente necesitada de ayuda e incapaz de pagar lo recibido.-De éste modo podrá sentirse dichoso, porque recibirá su paga en el Reino de los Cielos.

Es casi imposible cambiar la mentalidad de los hombres en este punto si no se está convencido de que los valores son verdaderos sólo en la medida en que se ordenan a los eternos y que la vida terrena no es más que una peregrinación hacia la Ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial en donde los justos –los humildes y caritativos– están inscriptos en el cielo (Hb.12,22-23) segunda lectura del día.

Mons. Marcelo Raúl Martorell, obispo Puerto Iguazú